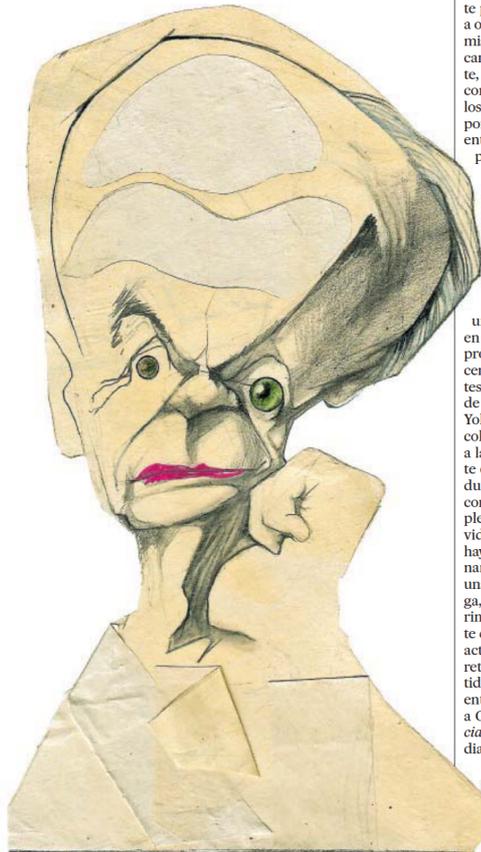


NARRATIVA

Muerte del antihéroe

Antonio Soler recrea el diario de un acosador. Un relato de manipulación y celos enfermizos que oscila entre la agresividad y el victimismo



Antonio Soler, visto por Sciammarella.

POR CARLOS PARDO

Si hacemos caso a la nota con la que se cierra *Yo que fui un perro*, la novela tendría su origen en el encuentro azaroso, en 1991, de unas pocas octavillas escritas por un anónimo estudiante de Medicina. En ellas anotaba la vigilancia a la que sometía a su novia: sus celos enfermizos, su manipulación. Como ha comentado en alguna entrevista el propio Antonio Soler (Málaga, 1956), se habría valido de este material escaso para reconstruir, o mejor dicho inventar, un hipotético diario del estudiante: "Me llamo Carlos Cánovas Merchán. Soy estudiante de Medicina

y tengo una novia llamada Yolanda", comienza la novela. Y el resultado es un libro demoledor; y una suma de difícilísimos equilibrios.

En primer lugar, casi 300 páginas de trabajado monólogo del acosador "autajustificado"; es decir, con todos los matices y tonos sutiles de la escritura a veces naif de un jovencísimo maltratador que se ve con el poder de armar en prosa su propia versión: la escritura de su diario íntimo.



Los fragmentos de este diario que a veces el autor tacha, arrepentido, combinan el análisis de su distancia social ("mirando a los vivos como si fueran muertos") con la falsificación embellecedora con que uno mira su propia vida; por ejem-

plo, cuando se compara con otro joven atractivo porque "caminaba solo, con todo a su espalda". Asimismo, su perorata oscila entre la agresividad y el victimismo, la dominación y el cuidado: Carlos presiona y manipula a Yolanda hasta que puede compadecerse de ella, protegerla incluso de sí mismo. Es entonces cuando le concede "también el derecho a ser feliz y a tener placeres". No obstante, el narrador no soporta la visión de este placer. Yoli podría pertenecer a otro: incluso a ese otro que es él mismo desdoblado cuando ella alcanza el orgasmo; y él por su parte, con arrepentimiento, ya se ha corrido sin que ella lo sepa. Carlos narra su escisión, empezando por su aislamiento de los demás, entendidos como cosas: "a veces pienso que la gente no existe si no la veo", escribe. Y es esta fisura de la libertad del otro, acompañada de una arraigada vergüenza social (la culpa del pobre), lo que desencadena su resentimiento.

Pero no es esta una novela que funcione en una sola perspectiva. Soler construye un mundo más amplio. Porque en la escritura distorsionada del protagonista intuímos las tramas censuradas, no menos importantes: el reciente duelo de la madre de Carlos, la lenta liberación de Yolanda, las vidas de amigos del colegio o del barrio... Personajes a la vez arquetípicos y sutilmente encarnados. Es esta una sabiduría de grandísimo novelista: construir un mundo coral y complejo con la sola voz de un individuo encerrado en sí mismo. Y hay otra más: *Yo que fui un perro* narra acontecimientos de 1991 en una ciudad que podría ser Málaga, pero transcurre en cualquier rincón del mundo y en un presente que no puede contener mayor actualidad. Y lo hace con fuerza retrospectiva, también en un sentido puramente literario. Porque entre las lecturas que obsesionan a Carlos está *El árbol de la ciencia*, del que copia esta cita en su diario: "Lo que quería encontrar era una orientación, una verdad espiritual y práctica al mismo tiempo". También prueba a leer a Knut Hamsun. Y es de suponer que su próxima lectura la protagonice otro médico: Pedro, de *Tiempo de silencio*. No es un hecho accidental, sino una peculiar inversión del mito del antihéroe de raíz existencialista de las primeras lecturas escolares, aquellas novelas de formación protagonizadas por seductores "hombres del subsuelo". En su lectura, con un nuevo contexto despojado de todo romanticismo, Soler impugna una tradición literaria de enorme éxito y profunda violencia masculina. A su vez muestra la esencial falta de autenticidad de ese proyecto que llamamos juventud: la imitación y el solipsismo, la deformación de la perspectiva. Una novela prodigiosa.

Yo que fui un perro

Antonio Soler
Galaxia Gutenberg, 2023
296 páginas. 22 euros



Ficha policial de Tamara Petkévich al ingresar en el gulag, en una fotografía incluida en su libro de memorias.

MEMORIAS

Una actriz en el gulag

POR MONIKA ZGUSTOVA

Si hasta hace poco solo conocíamos básicamente las experiencias masculinas tanto en el gulag soviético como en el campo de concentración nazi, el panorama ha empezado a cambiar cuando nos empezaron a llegar las voces femeninas. Hasta ahora, las memorias más notables sobre las mujeres en el gulag fueron las de Margarete Buber-Neumann—la autora cuenta sus vivencias en los campos de ambos totalitarismos, llegando a la conclusión de que el gulag fue aún peor que los campos nazis—; de Anna Lárina, esposa de Nikolái Bujarin, que durante su confinamiento en el gulag vio pasar por las instituciones penitenciarias una larga procesión de madres, esposas, hijas y hermanas de los bolcheviques que en su momento habían ayudado a poner en marcha los ideales de la revolución; y de Eugenia Ginzburg, que, tras 18 años de gulag, en sus

que ocupan sus *Memorias de una actriz en el gulag*.

Al igual que en el caso de los libros antes citados, también Petkévich pertenecía a una de esas familias que desde su afiliación al Partido Comunista ayudaron con entusiasmo a que en Rusia triunfara la revolución bolchevique. Y como en el caso de muchas otras prisioneras, su padre fue víctima de la Gran Purga estalinista del año 1937, cuando Tamara tenía 17 años. Como hija de un "enemigo del pueblo", años más tarde Tamara es condenada en un fraudulento juicio a siete años de trabajos forzados. En una prosa clara, viva y perspicaz, la autora cuenta su viaje por los horrores del estalinismo: "Así pues, vuelta a luchar por mi ración, a la suciedad, a las obscenidades y el miedo. Por las noches soñaba con metros cúbicos de tierra y una pala abriéndose paso a través de las capas heladas".

Sin embargo, la autora nunca estaba abatida por mucho tiempo. Por eso también su libro pasa rápidamente del horror a la acción, lo que hace que sus memorias se lean como una novela. Hasta en las condiciones más brutales, Tamara encontraba compañerismo y afinidad, y hasta amor. La amistad, la compasión y el enamoramiento es lo que más la ayudó a mantener el ánimo. Y convertirse en actriz fue decisivo. A pesar de que los espectáculos teatrales se movían en la línea de la ideología



comunista, la cultura y la creación en el gulag devolvieron la humanidad a los que pudieron dedicarse a ellas. Hasta durante las horas más duras del trabajo, y en las condiciones más crueles en las barracas, los prisioneros podían abstraerse de lo desalmado

y crear su propio mundo. Tras salir del gulag, una vez muerto Stalin, a los 40 años Tamara se puso a estudiar en la Facultad de Teatro en Leningrado. Era su manera de mantenerse fiel a sí misma.

que todavía vivían, todos los que conocían el tema me recomendaron que me reuniera con Tamara Petkévich, cuyas memorias llamaron la atención en Rusia.

Al final no pude verla porque esa superviviente petersburguesa a sus 90 años no estaba bien de salud. Y por eso me alegré al ver que su libro de memorias se había publicado en España, y además por dos eminentes editoriales como Periférica y Errata Naturae, que han compartido la traducción y la publicación de las 700 páginas

Memorias de una actriz en el gulag

Tamara Petkévich
Traducción de Alexandra Rybalko Tokarenko
Periférica & Errata Naturae, 2023
704 páginas. 28 euros